

La prenda más preciosa en una mujer, dice S. Crisóstomo, es el silencio, la modestia y el hábito de la tranquilidad y del retiro: *Femina pulcherrimum donum est silentium, et modestia, et inuis tranquilla manere.* (Homil. ad pop.).

Sócrates procuraba que sus discípulos adquiriesen tres cualidades: 1.º un espíritu prudente; 2.º afición al silencio; y 3.º un rostro y un exterior modestos. (*Anton. in Meliss.*)

Es tan bella, amable y preciosa la modestia, principalmente en las mujeres y en la juventud, que ella basta para atraer las alabanzas, el respeto y la afición de todos los hombres....

La modestia, dice S. Bernardo, es la perla de las costumbres, la vara de la disciplina, la hermana de la continencia, la lámpara del alma casta, hace desaparecer el mal, propaga la pureza, es la gloria especial de la conciencia, la custodia de la reputación, el honor de la vida, el sitio de la fuerza, las primicias de la virtud, lo más laudable de la naturaleza, y el adorno de todo lo que es honrado. Si el pudor llega a sonrojar las mejillas con su arbol, ¡qué gracia y qué encanto derrama en el rostro! (1).

La modestia gobierna el alma y el cuerpo, añade aquel gran doctor; impide que la frente se enorgullezca; destruye el aire feroz, compone el rostro, encadena las miradas, detiene las risas inmoderadas, refrena la lengua, calma la ira, y suaviza el andar. (*De Modo bene vivendi, c. IX.*)

La modestia conduce al temor del Señor, á la riqueza, á la gloria y á la vida, dicen los Proverbios: *Finis modestie timor Domini, divitia, gloria et vita.* (XXII. 4).

La modestia  
debe ser interior  
y exterior.

La modestia debe sujetar á sus leyes los ojos, los oídos, las palabras, el rostro, los pies, las manos, el porte, los movimientos, el andar, etc.... Debe reinar en el alma, en la inteligencia, en la voluntad, en el espíritu y en el corazón....

La modestia puramente exterior no basta; la modestia interior sola no basta tampoco: es menester que la una vaya acompañada de la otra....

Muchos de ad-  
mirar la modestia.

Los medios de adquirir la modestia son: 1.º la presencia de Dios...; 2.º la vigilancia de los sentidos, y sobre todo de la vista...; 3.º la humildad...; 4.º el pudor...; 5.º la dulzura: la primera de estas virtudes, es decir la humildad, es madre de la modestia, la segunda es hija suya, y la tercera su hermana...; 6.º huir de los peligros...; 7.º evitar la vanidad...; 8.º tomar por modelo á María....

(Véase Pureza, Buen ejemplo.

(1) Verecundia est gamma morum, virga disciplina, soror continentie, lampas pudicitie mentis, expunxit malorum, et propugnatrix puritatis, specialis gloria conscientie, et fame custos, vitæ decus, virtutis sedes, virtutum primitie, nature, laus et insignis totius honesti. Rubor ipse generum, quom. forte invixent pudor, quantum gratis et decoris suffusse affere vultu solati. *Serm. LXXXVI. in Cant.*

## MUERTE.

DECRETADO está que todos los hombres han de morir una vez, dice S. Pablo: *Statutum est hominibus semel mori.* (Hebr. IX. 27). Los impíos y los libertinos dudan algunas veces de las grandes verdades de la religión, porque la voz de las pasiones y del endurecimiento espiritual es tan poderosa, que no oyen ya la voz de Dios ni los gritos de su conciencia; pero ninguno ha puesto jamás en duda la certidumbre de su muerte....

Certidumbre de  
la muerte.

La muerte no es natural de la condición del hombre, sino que es la pena del pecado, como dice S. Pablo: *Stipendia peccati mors.* (Rom. VI. 23).

Origen de la  
muerte.

Por envidia de Satanás, dice la sabiduría, la muerte entró en el universo: *Invidia diaboli mors introiit in orbem terrarum.* (II. 24).

Sólo después de la caída de Adán, Dios le dijo: Eres polvo, y volverás á ser polvo: *Pulvis es, et in pulverem reverteris.* (Gen. III. 19).

El hombre, dice S. Agustín, había sido creado inmortal: ha querido ser Dios; no ha perdido su calidad de hombre, pero ha perdido la inmortalidad; y del orgullo de la desobediencia proviene la pena de la naturaleza (1).

El hombre no estaba destinado á morir; no es Dios el autor de la muerte, sino el hombre. Pecando, dió voluntariamente origen á la muerte. El Señor, dice el Génesis, dió un mandato al hombre, diciéndole: Puedes comer de todas las frutas del jardín; pero no comas de aquella del árbol de la ciencia del bien y del mal; porque el día en que de ella comas morirás. (II. 16-17). Adán quiso probar el fruto prohibido, y la muerte fué consecuencia de aquella grave desobediencia: *Stipendia peccati mors.* (Rom. VI. 23).

Hay tres muertes, dice el cardenal Hugo: la que procede de la naturaleza, la que procede del pecado, y la que procede de la gracia. Con la primera muere el cuerpo, con la segunda el alma, y con la tercera el hombre entero. La primera separa el alma del cuerpo; la segunda separa el alma de la gracia, y la tercera separa el hombre entero de los estorbos del siglo. La primera muerte es la de todos; la segunda la de los pecadores, y la tercera la de los buenos. La primera nos sepulta en la tierra; la segunda nos sumerge en el infierno, y la tercera nos hace volar al Cielo. De la primera dice el Eclesiástico (XLI): ¡Oh muerte, qué amargo es tu recuerdo! ¡Oh

Hay tres muer-  
tes.

(1) Homo factus erat immortalis: Deus esse voluit, non perdidit quod homo erat, sed perdidit quod immortalis erat, et de inobediencie superbia contracta est pena nature. *Homil.*

*mors, quam amara est memoria tua!* De la segunda dice el Rey Profeta: Pésima es la muerte de los pecadores: *Mors peccatorum pessima.* (XXXIII. 22). Y de la tercera se ha escrito: Muera mi alma con la muerte de los justos: *Moriatur anima mea morte iustorum.* (Num. XXIII. 10. — Tract. de Morte).

Todo lo domi-  
na la muerte  
en el mundo.

La muerte es una poderosa dominadora que manda á todos los hombres y sabe hacerse obedecer. Quiere que nos preparemos á recibirla, y que todos los hombres estén siempre prontos y dispuestos para cuando llegue; pero ella no espera á nadie. En el tiempo marcado llama, y hemos de seguirla en el acto... ¡Triste del pecador, del incrédulo y del impío! No pueden resistir á la muerte; ¡y quieren resistir á Dios, que es eterno, infinito y omnipotente!...

Incertidumbre  
de la muerte,  
1.º en cuanto al  
tiempo.

La certidumbre de la muerte no asusta; todos sabemos que hemos de morir, y nos sometemos á esta sentencia. Pero lo terrible es su incertidumbre!

Dios, dice S. Agustín, os promete que el día en que á Él volvais olvidará los pecados que hayais cometido; pero jamás promete el día de mañana. El último día está oculto, para hacer santificar todos los días (1).

Estad preparados, dice Jesucristo; porque en la hora en que menos lo penseis, vendrá el Hijo del hombre: *Et vos estote parati; quia, qua hora non putatis, Filius hominis veniet.* (Luc. XII. 40).

Vendrá el día del Señor como un ladrón durante la noche, dice S. Pablo: *Dies Domini, sicut fur in nocte, ita veniet.* (1. Thess. v. 2).

Nuestro Señor, dice S. Gregorio, ha querido que no nos sea conocida la última hora, para que desconfiemos siempre de ella, y no pudiendo prevenirla, estemos siempre dispuestos á su llegada (2).

Ayer para mí, y hoy para tí: *Mihi heri, tibi hodie.* (Eccli. XXXVIII. 23). Y observamos, dice Hugo de S. Victor, que la Escritura no dice *mañana, sino hoy*; ya porque muchos mueren cada día, ya porque nadie está cierto de vivir el día de mañana. (*Lib. de Anima*).

Dios, dice S. Crisóstomo, ha querido que estuviésemos inciertos sobre la duración de nuestra vida, á fin de que, en esta incertidumbre, no nos separemos nunca de la virtud: *Idecirco incertum voluit Deus esse quanto tempore duraturi simus, ut expectacione incerta virtutem amplectamur semper.* (Homil. XXIII. in Act. apost.).

Como ignoramos completamente el año, el mes, la semana, el día, la hora y el instante de nuestra muerte, es menester estar

(1) Promissit tibi Deus quoniam, quo die conversus fueris, obliviscetur mala tua peccata; sed quoniam vitam crastini diei promissit tibi. Latet ultimus dies, ut observentur omnes dies. *Idem.*

(2) Horum ultimam Dominus auster idcirco voluit nobis esse incognitam, ut semper possit esse suspecta, ut, dum illum prevedere non possumus, ad illum sine intermissione preparemur. *Homil. XIII. in Evang.*

locos para no emplear los instantes, las horas, los días, las semanas, los meses y los años en disponernos á la muerte....

¿Cuántos recién nacidos pasan de la cuna á la tumba! ¿Cuántos niños y jóvenes no consiguen llegar á otras edades! Lo cierto es que la muerte se place en sacrificar víctimas jóvenes. Ha herido tanto desde hace seis mil años, que su hoz está como gastada, y se fija con predileccion en las edades más tiernas....

Incertidumbre  
de la muerte,  
2.º en cuanto á  
la edad.

Y vosotros que estais en la virilidad, ¿cuándo morireis? Dentro de veinte años, dentro de diez años, dentro de un año, mañana, y tal vez dentro de una hora....

Y á vosotros, ancianos, ¿se os ha de preguntar cuándo morireis? ¡Ah! Bien sabeis que la muerte no está lejos de vosotros; pero vosotros no pensais en ella. Y sin embargo vuestros cabellos canos, las arrugas de vuestro rostro, vuestros pasos vacilantes, el baston que os sostiene, ese cuidado en el que os veis, pues sois muy pocos entre los hombres, bastante os dicen que habeis de pensar en la muerte. Casi no encuentra víctima en la edad de la decrepitud. Apenas se halla entre mil personas un octogenario... Cada treinta años las generaciones se renuevan casi enteramente....

¿Qué enfermedad será la precursora de nuestra muerte? ¿Será de larga, ó de corta duracion? ¿Tendremos una muerte violenta, ó dulce? ¿Moriremos de una calentura lenta, intermitente, ó perniciosa? ¿Moriremos por la mañana, ó por la tarde; de día ó de noche?

Incertidumbre  
de la muerte,  
3.º en cuanto al  
modo relativamente al cuer-  
po.

¿Moriremos en nuestra cama, ó ya tal vez dónde tantos otros han muerto, en nuestra casa, en nuestra tierra, pasando el umbral de nuestra puerta, de viaje, despiertos, ó dormidos, solos y sin auxilio, ó rodeados de los nuestros? ¿Moriremos de muerte prevista, ó repentina? ¿Moriremos por el fuego, por el agua, por el rayo, por el desplome de un edificio, á consecuencia de alguna caída, ó por causa de algun otro accidente? ¿Moriremos á manos de un ladrón, ó de un asesino? ¿Moriremos de un mal de cabeza, de corazon, de entrañas, de pecho, ó, como tantos otros, de un ataque de apoplejia fulminante? ¿Moriremos en la mesa, en el juego, en una tertulia, en un baile, en los placeres, ó en la embriaguez? Y ¿será acaso despues del primer pecado que cometamos? Tales son las formidables preguntas á las que ningun hombre puede responder....

Casimiro II, rey de Polonia, murió en un gran festin. Ladislao, rey de Ungría y de Bohemia, sucumbió durante los preparativos de su boda con Magdalena, hija de Carlos, rey de Francia.

La sentencia de muerte decretada contra Baltasar le fué notificada durante una orgia sacrilega, y tuvo ejecucion aquella misma noche....

Si cosa terrible es el ignorar de qué muerte ha de ser víctima nuestro cuerpo, infinitamente más terrible es no saber en qué estado se hallará nuestra alma en el momento de pasar á la eternidad.

Incertidumbre  
de la muerte,  
4.º en cuanto al  
modo relativamente á la  
alma.

¿Tendremos tiempo de prepararnos á la muerte y de arreglar nuestra cuenta con Dios?... ¿Tendremos la fuerza é inteligencia necesarias para hacer una buena confesion?... ¿Tendremos suficiente arrepentimiento? ¿Moriremos en estado de gracia? Espantosas preguntas que nos obligan á enmudecer, no respondiendo más que por un estremecimiento terrible....

Y ante tales dudas y cuestiones, que nadie puede resolver, reímos... nos divertimos... dormimos tranquilos... perdemos el tiempo... ofendemos á Dios... y no pensamos en la muerte.

¿Dónde están los hombres prudentes? ¡Ay! todos somos ciegos é insensatos....

La muerte está próxima.

Voy de una tumba á otra tumba, dice S. Gregorio Nazianceno. (*Distich.*). Del seno de mi madre, donde he estado encerrado nueve meses como en una verdadera tumba, voy á la muerte y al sepulcro.

La cuna se parece á una tumba, y ya anuncia al niño que su destino es morir.

Nuestra vida, dice el papa S. Gregorio, se parece á un viaje por mar. El que boga sobre las olas, está de pie, se sienta ó se echa; pero siempre adelanta, arrastrado por el buque. Tal es nuestra vida; ya velemos ó durmamos, ya hablemos ó guardemos silencio, ya andemos ó descansenos en nuestra cama, de grado ó por fuerza, nos acercamos cada dia y á cada instante al término en que nos aguarda la muerte. (*Lib. VI. Epist. XXVI*).

Todos podemos decir con S. Pedro: Ya sé que he de recoger pronto mi tienda: *Certus quod velox est depositio tabernaculi mei.* (II. t. 14). El tiempo se precipita, y cuando ménos lo pensamos, perecemos.... El hombre pasa en medio de un sueño; se agita en vano; reúne tesoros, y no sabe quién ha de recogerlos: *In imagine pertransit homo, sed et frustra conturbatur: thesaurizat, et ignorat cui congregabit ea.* (Psal. XXXVIII. 7). Ha desaparecido como la sombra que declina: *Sicut umbra, cum declinat, ablatas sum.* (Psal. CVIII. 23). Mis dias han declinado como la sombra, y me he marchitado como la yerba segada: *Dies mei sicut umbra declinaverunt, et ego sicut fanum arui.* (Psal. CI. 12).

Preguntad á los ancianos de ochenta años, á esos tan escasos despojos de otra edad, si la vida les ha parecido larga. Os contestarán que les parece que ayer nacieron. Por otra parte, ¿qué son cien años, puesto que hemos de morir? Y todavía, ¿qué es la vida de hoy comparada con la de los hombres antediluvianos? Apenas salían éstos de la infancia en la época en que los ancianos actuales están ya reducidos á cenizas, ellos y los gusanos que les han devorado.

Los papas, los emperadores y los reyes, á pesar de su pompa, han de morir. El papa Estévan II ocupó sólo la sede cuatro dias; Celestino IV diez y siete dias; Bonifacio VI quince dias; Sisino veinte dias; Dámaso II veinte y tres dias; Pio III veinte y seis dias;

Marcelino II veinte y un dias; Urbano VII siete dias, y Leon XI veinte y siete dias. Este decía al morir: ¡Oh! cuánto más dichoso sería si, en vez de las llaves del Cielo, hubiese tenido las de un monasterio! *Quam melius mihi foret, si monasterii, quam si Cæli, claves tenuissem!* (Hist. Eccles.).

Acordaos, pues, repetiremos con el Eclesiástico, acordaos que la muerte no tarda, y que se os ha comunicado el decreto que os coadena á bajar á las profundidades de la tierra, el decreto fulminado contra el mundo: *Morirá: Memor esto quoniam mors non tardat, et testamentum inferorum, quia demonstratum est tibi; testamentum enim hujus mundi: Morte morietur.* (XIV. 12).

El tiempo, dice S. Agustín, no es más que una carrera hácia la muerte: cada dia morimos; cada dia la muerte nos quita parte de nuestra vida: (*De Civit., lib. XIII. c. X*).

A medida que crecemos en edad, nuestra vida disminuye, dice Séneca; y el dia actual lo hemos ya dividido con la muerte: *Cum crescimus, vita decrescit; hunc, quem agimus, diem cum morte dividimus.* (Lib. III., c. XXIV).

Hemos nacido, y repentinamente hemos dejado de ser, dice la Sabiduría: *Nos nati continuo desicimus esse.* (V. 13).

El alimento con que reparamos nuestras fuerzas prueba que la muerte nos quita siempre algo; el sueño nos toma la tercera parte de la vida, durante nuestros seis primeros años no tenemos uso de razon; el trabajo abrevia la vida, los placeres la alteran, los pesares la roen, y las enfermedades la devoran.... Quitad todo esto; ¿qué queda de nuestra existencia? Dejad todo esto; ¿cuál es su duracion? Apenas medio siglo, que desaparece como un ligero vapor.

La figura de este mundo pasa, dice el gran apóstol: *Præterit figura hujus mundi.* (I. Cor. VII. 31). Observemos que el Apóstol dá á la vida el nombre de figura, sombra pasajera.

El dia actual se va, dice un poeta; ignoramos si el dia de mañana nacerá para nosotros, y si nos traerá trabajo ó reposo. Así se desvaneca la gloria del mundo:

*Præterit ista dies, nascitur origo secundi;  
An labor, an requies? Sic transit gloria mundi.*

¿Queréis, dice Justo Lipsio, queréis que os hable en lenguaje inteligible? Todas las cosas humanas no son más que humo, una sombra, una cosa vana parecida á una escena teatral, y en una palabra, nada:

*Vis altiore voce me tecum loqui?  
Humana cuncta fumus, umbra, vanitas  
Est scene imago, et, cerbo ut absoletam, nihil.*

(In ejus vita).

Desde el momento en que nacemos. La muerte no nos deja; cada dia nos quita algo.

La muerte prueba nuestra nada y la nada de cuanto existo.

El mundo es, efectivamente, un teatro en el que se representa perfectamente la comedia de la vida.... Las escenas son muy cortas....

Ciudad, casa, dinero, decidme, ¿cuántos dueños habeis tenido? Ciudad y casa, ¿cuántos habitantes tendreis todavía? ¿Dónde está Sanson, el Hércules del universo? ¿Dónde está el hermoso Absalon? ¿Dónde Salomon, el más sabio de los reyes? ¿Dónde están el elocuente Ciceron y el sabio Aristóteles?... ¿Dónde están tantos hombres famosos, tantos conquistadores, tantos príncipes y tantos ricos? Han desaparecido en un abrir y cerrar de ojos.

Esta vida no es más que una muerte lenta.... No sé, dice S. Agustin, si he de llamar á esta vida una muerte que vive, ó una vida que muere. (*De Civit., lib. III.*)

Oigamos al poeta lirico:

*Pulvis et umbra sumus: pulvis nihil est, nisi fumus;  
At nihil est fumus: nos nihil ergo sumus.*

¿Quién fué nunca más conocido más nombrado que Alejandro el Magno, rey de Macedonia? Dominó hastalas extremidades del mundo; recibió los despojos de una multitud de naciones, y toda la tierra enmudeció en su presencia, dice la Escritura: *Sihit terra in conspectu ejus*. Se hizo dueño de los pueblos y de los reyes que fueron tributarios suyos. Pero despues cayó enfermo, y.... murió. *Et post hæc decidit in lectum... et mortuus est.* (I. Machab. I. 1-8). Ayer no le bastaba el universo entero, y hoy le bastan seis palmos de tierra. ¿Qué digo? A consecuencia de las disputas que se suscitaron entre sus sucesores, aun tuvo trabajo en obtener lo que se concede á los más pobres mortales, pues su cadáver permaneció treinta días sin sepultura.

Así prueba la muerte la nada del hombre....

Estado á que la muerte reduce al hombre.

Desnudo sali del seno de mi madre, dice Job, y desnudo he de volver allí: *Nudus egressus sum de utero matris meæ; nudus revertar illuc.* (I. 21).

A punto de morir, Saladino, rey de Egipto y de Siria, mandó que llevasen por todas partes en donde acampaba su ejército su bandera envuelta en un paño mortuorio, y que un heraldo gritase: ¡De cuánto posee ved el único objeto que el dominador de Siria y de Egipto ha de llevar consigo! (*In ejus vita*).

Oh hombre, eres polvo, y volverás á ser polvo: *Pulvis es, et in pulverem revertetur.* (Gen. III. 19).

Contemplad al desgraciado pecador olvidado constantemente de Dios durante su vida, y que jamás ha pensado en la muerte para disponerse á ella. Ayer estaba bueno; hoy está postrado en el lecho del dolor. El mal empeora, la fiebre aumenta. Tres personas son llamadas: el sacerdote, el médico y el notario. ¡Cuántos negocios que arreglar! Y todo corre prisa, porque el médico declara que la muerte está en la cabecera del lecho. Todos, por lo demás, lo ven:

los ojos del enfermo se oscurecen, se vuelve sordo, su lengua se paraliza, sus mejillas están pálidas y demacradas, y su inteligencia le abandona. Apresuraos, sacerdote, médico y notario; la muerte se os va á anticipar. Cada cual, efectivamente, se apresura á llenar su cometido en medio de una familia desecha en lágrimas. La muerte llega, é hiere. Ya no hay más que un cadáver. La primera persona á quien se avisa, es el sepulturero. Mientras que abren la fosa, se apresuran á envolver con los despojos de un paño esos despojos de la muerte. Ya se siente un olor infecto: todo el mundo huye; la putrefaccion y los gusanos son los únicos que se acercan. Le arrojan debajo de seis piés de tierra, y queda cerrada la hoya. El cuerpo es abandonado, y el alma juzgada por la eternidad....

Se necesita un epitafio, una inscripcion sobre esta tumba; el Real Profeta se ha encargado de hacerla para todo el género humano; hela aquí: La muerte se alimentará de ellos: *Mors depascet eos.* (XLVIII. 15).

Despues de la muerte los gusanos, dice un poeta; y despues de los gusanos el olor infecto y el horror: así todo hombre es convertido en cierta cosa que nada tiene de hombre:

*Post hominem vermis, post vermem fætor et horror:  
Sic in non hominem vertitur omnis homo.*

Nacemos en la tierra, dice S. Bernardo, morimos en la tierra, y volvemos al sitio de donde hemos salido: *In terra orimur, in terra morimur, revertentes in eam unde sumus assumpti.* (Sermon. in Psal.).

Oigamos á Job: He dicho á la podredumbre: Sois mi padre; y á los gusanos: Sois mi madre y mi hermana: *Putredini dicit: Pater meus es: Mater mea et soror mea; vermibus.* (XVII. 14).

Cuando muera el hombre, dice el Eclesiástico, tendrá por herencia los reptiles, las bestias y los gusanos: *Cum morietur homo, hereditabit serpentes, et bestias, et vermes.* (X. 13).

¿Qué es el hombre? dice S. Eiren. Poca cosa. ¿Qué es el hombre? Algunos gusanos. ¿Qué es el hombre? Un sueño. ¿Qué es el hombre? Una sombra. Ha pasado, ha desaparecido: *Eccc transiit, ecce cessavit.* Aquel leon invencible, aquel tirano tan fuerte y tan orgulloso, á quien todo el mundo temia, ha muerto; está extendido sobre su lecho mortuorio. El que parecia más grande que todos los hombres, está reducido á la impotencia; el que se enseñoreaba de los demás, es esclavo; el que los ataba con cadenas, está atado. (*De iis qui in Christo dormierunt*).

Y la carne de Jezabel, dice la Escritura, será como el estercolero en la superficie de la tierra, y todos los que pasen dirán: ¿Es esta aquella Jezabel? *Et erunt carnes Jezabel sicut sterqus super faciem terra, ita ut prætereuntes dicant: Hæcine est illa Jezabel.* (IV. Reg. IX. 37).

Pero el cadáver que baja á la tumba, permanecerá al menos en estado de cadáver? No. Se convierte, dice Bossuet, en no sé qué,

que en ninguna lengua tiene nombre. Es lo que dice el profeta Ezequiel: Te reduciré á la nada, y no existirás; y te buscarán, y no te hallarán ya nunca, dice el Señor Dios: *In nihilum redigam te, et non eris, et requisita non invenieris ultra in sempiternum, dicit Dominus Deus.* (XXVI. 21).

Existe un epitafio lleno de sentido, hecho para un rey de Francia, y citado por Delrio; hélo aquí: He reído, y lloro. He sido, y no existo. He tenido más preocupaciones, y descanso. He jugado, y ya no juego. He cantado, y ya he enmudecido. He alimentado mi cuerpo, y ahora alimento á los gusanos. He velado, y ahora duermo. He deseado la bienvenida, y ahora me despido. He cogido, y ahora soy cogido. He sido vencedor, y soy vencido. He combatido y la paz es mi herencia. He vivido conforme á las leyes de la naturaleza, y conforme á esas leyes muero. No resisto; resistir me fuera imposible. He comenzado por ser tierra, y me he convertido en lo que era. Mi poder se ha desvanecido. Mando procederlo, á Dios; y vosotros, gusanos, os saludo. Estoy echado en mi último lecho.

*Risi; ploro; Fui; non sum. Studii; requiesco.  
Lusi; non ludo. Cecini; nunc mutio. Paxi  
Corpus; alo vermes. Vigilavi; dormio. Dixi;  
Saleo; dico: Vale. Rapui; rapior. Superavi;  
Vincor. Certavi; pace utior. Jure ego vixi;  
Jure igitur morior. Non obsto; obstaré nequirem.  
Terra fui quondam; rursus sum terra. Nihil sum.  
Terra caduca, vale; vermes, salve. Recumbo.*

Pronto este epitafio será el de cada uno de nosotros.....

No pensar en la muerte es locura.

Quando llegue el día de nuestra muerte, dice S. Gregorio, ¿de qué nos servirá lo que hemos buscado con tanto trabajo, y lo que hemos renuido con tanto afán? No busquemos honores ni riquezas, puesto que habremos de abandonarlos. Si queremos bienes, busquemos y amemos los que hemos de poseer siempre; si tememos los males, temamos los que sufren los réprobos, que no tendrán fin. (*Lib. IV. Epist. ad Andream.*)

El hombre reune tesoros, y no sabe para quién los reune, dice el Salnista: *Thesaurizat, et ignorat cui congregabit ea.* (XXXVIII. 7). El imprudente y el insensato perecerán juntos, y sus riquezas pasarán á extrajeros: el sepulcro será su morada: *Simul insipiens et stultus peribunt, et relinquent divitias suas, et sepulera eorum domus illorum.* (Psal. XLVIII. 11-12). En su último instante, los avaros y todos los enamorados del mundo podrán pronunciar las siguientes palabras de Agag: ¡Es pues cierto que una muerte llena de amargura va á separarme de todo! *Siccine separat amara mors.* (1. Reg. XV. 32).

¡Oh cuidados de los hombres! ¡oh! ¡qué vacío se halla en el fondo de las cosas! ¡Oh curas hominum, oh quantum est in rebus inane!

¡Qué pensamiento más aterrador! De todos los bienes, de todos los placeres, de todas las criaturas de quienes disponemos, no ha de quedarnos más que el sepulcro: *Solum mihi super est sepulchrum.* (Job. XVII. 1).

El que tiene siempre su última hora ante la vista, desprecia fácilmente todas las cosas, dice S. Jerónimo: *Facile contemnit omnia, qui semper cogitat se esse moriturum.* (Epist. CIII).

El hombre ira á la casa de su eternidad, dice el Eclesiastés: *Ibit homo in domum eternitatis suae.* (XII. 5).

Meditar en la muerte es ser filósofo, dice Platon: *Philosophia est meditatio mortis.* (De Legibus).

Quando nos sentimos enamorados de la hermosura humana, dice S. Gregorio, es preciso pensar en lo que será el cuerpo cuando la vida le haya abandonado: se comprenderá entonces lo que se ama. Nada es más poderoso para dominar el apetito de los sentidos como el meditar lo que será despues de la muerte la persona que amamos viva (1).

Vivid con el pensamiento de la muerte, dice S. Jerónimo; la hora huye; el mismo instante en que os hablo está ya lejos: *Vite memor leti; fugit hora; hoc, quod loquor, inde est.* (Epist. XVI. ad Pricipiam).

Recordemos las bellas y preciosas palabras del mismo S. Jerónimo: Ya comiendo, dice, ya bebiendo, ya estudiando, ya haciendo cualquier otra cosa, siempre resuena en mis oídos la trompeta del último juicio: Levantaos, oh muertos, y venid al juicio: *Sive comedo, sive bibo, sive studio, sive quid aliud ago, semper ultima illa tuba insonat auribus meis: Surgite, mortui, venite ad judicium!* (Epist. ad Heliod.).

¡Oh muerte, exclama el Eclesiástico! ¡Cuán amargo es tu recuerdo para el hombre que vive en paz en medio de sus riquezas! *¡Oh mors, quam amara est memoria tua homini pacem habenti in substantiis suis!* (XLI. 1). ¡Oh muerte, dulce es tu sentencia para el hombre pobre y virtuoso! *¡Oh mors, bonum est judicium tuum homini indigenti!* (XLI. 3).

Nada, dice Séneca, nada os será más útil para adquirir la templanza en todas las cosas, como el frecuente pensamiento de la brevedad del tiempo y su incertidumbre. En todos vuestros negocios dad una mirada á la muerte: *Nihil aequo tibi profuerit ad temperantiam rerum omnium, quam frequens cogitatio brevis aevi, et lujus incerti. Quidquid facies, respice ad mortem.* (Epist. XIII). Un pagano es el que habla así.....

Como ignoramos la hora en que la muerte ha de presentárenos, y

El pensamiento de la muerte es muy ventajoso.

(1) Caro cum concupiscit, pensat quod sit exanimis; intelligitur quid ametur, si quippe sic ad remandam desideriorum carnalium appetitio valet, quam ut quisque hoc, quod vivum diligit, quale sit mortuum penset. Moral.

Hemos de prepararnos á la muerte, mellos que hemos de tomar para ello.

sabemos que despues de la muerte no es posible hacer nada, dice S. Gregorio, sólo podemos tomar un partido: aprovecharnos del tiempo que Dios nos concede. Si la tememos ántes de presentarse, quedará vencida cuando se presente (1).

En todas vuestras acciones mirad la muerte, dice S. Jerónimo: *Quidquid facies, respice mortem.* (Epist. ad Heliod.).

Morid muchas veces mientras vivís, para vivir despues de vuestra muerte. Para evitar la muerte eterna, hemos de prevenir la muerte con el pensamiento de la misma muerte: *Sic vive tanquam quotidie moriturus.* (Epist. XVI).

Hemos de emplear cada dia como si fuese el último, dice Séneca: *Omnis dies, velut ultimus, ordinandus est.* (In Prov.).

Despreciad durante vuestra vida, dice S. Jerónimo, lo que no podreis tener durante vuestra muerte: *Contemne, vivens, que post mortem habere non poteris.* Homil. ad pop.).

Podéis morir de un momento á otro, y cualquiera de vuestras acciones puede ser la última.... Conduzcanos, pues, como deseáramos haberlo hecho en la hora de la muerte.

Arreglad vuestras cosas, dijo Isaias al rey Ezequias; porque morireis, y no vivireis: *Dispone domui tuæ, quia morieris tu, et non vives.* (XXXVIII. 1). A nosotros todos se dirigen estas palabras....

Hemos de prevenir el dia que suele preventirnos, dice S. Agustín: *Præveniendus est dies qui prevenire consuevit.* (Lib. Civit.).

La muerte os espera en todas partes, dice S. Bernardo; pero, si sois prudentes, en todas partes la esperaréis vosotros: *Ubique te mors expectat; si sapiens fueris, ubique eam expectabis.* (Serm. in Cant.).

Examinemos todas las cosas con la antorcha de la muerte... Examinemos nuestra vocacion, y tomemos todas nuestras resoluciones teniendo presente nuestra última hora. Sentémonos con el pensamiento sobre la tumba, para conocer lo que somos, lo que hemos de hacer, y cómo hemos de obrar....

(1) Quia et venturæ mortis tempus ignoramus, et post mortem operari non possumus; superest, ut ante mortem tempora indulgè rapiamus; sic enim mors ipsa, cum venerit, vincetur, si prorsusquam veniat, semper timeatur. *Morari.*

## MUERTE DEL JUSTO.

**D**EFREMOS, dice S. Crisóstomo, dejar nuestro cuerpo con la misma facilidad que dejamos un vestido; hemos de imitar á José cuando abandonó su capa á la Egípcia: *Eadem facilitate corpus exuere debemus, qua vestem; uti Joseph pallium reliquit Egyptiæ.* (In Epist. ad Philipp.).

Dulzura de una buena muerte.

Los justos, dice S. Agustín, se arman de paciencia para vivir, y encuentran delicias en la muerte: *Cum patientia vivunt, et delectabiliter moriuntur.* Epist. ad Philipp.).

Las almas de los justos están en la mano de Dios, dice la Sabiduría, y los horrores de la muerte no les alcanzarán: *Iustorum anime in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum mortis.* (III. 4). A los ojos de los insensatos ha parecido que los justos morian, y su líia se ha considerado como una afliccion, y su salida de entre nosotros el aniquilamiento; pero ellos están en paz: *Visi sunt oculis insipientium mori, et asinmata est afflictio exitus illorum; et, quod á nobis est iter, exterminium: illi autem sunt in pace.* (Ibid. III. 2). Aun cuando muera repentinamente, el justo se hallará en lugar placentero: *Iustus, si morte præoccupatus fuerit, in refrigerio erit.* (Ibid. IV. 7).

Dice la Biblia que, habiendo Tobias adelantado mucho en el temor de Dios, murió en paz: *Cum bono profectu timoris Dei perrexit in pace.* (XIV. 4). Ordenad, Señor, que mi alma sea recibida en paz, decía; porque es mejor para mí el morir que el vivir más tiempo: *Præcipe in pace recipi spiritum meum; expedit enim mihi mori magis, quam vivere.* (III. 6).

El esplendor del mediodia se levanta para el justo por la tarde, dice S. Gregorio; pues en el momento en que se acaba su vida reconoce cuánta claridad la espera: *Iusto meridianus fulgor ad cæperum surgit; quia cuanta claritas maneat, cum jam occumbere cæperit, agnoscit.* (Lip. Moral., c. XII).

Los que duermen en el polvo de la tierra, se despertarán, dice Daniel: *Qui dormiunt in terra pulvere, evigilabunt.* (XII. 2). Jesucristo llama también sueño á la muerte de Lázaro: Nuestro amigo Lázaro duerme, dice: *Lazarus, amicus noster, dormit.... Dixerat autem Jesus de morte ejus.* (Joann. XI. 11-13).

La muerte no es más que un sueño.

Mientras que los judios apedreaban á S. Esteban, él oraba por sus verdugos, y despues de su oracion se durmió en el Señor, dicen las Actas de los Apóstoles: *Et cum hoc dixisset, obdormivit in Domino.* (VII. 60). ¡Dichoso sueño, exclama S. Pedro Damian; ¡dichoso sueño! iba acompañado del reposo, el reposo iba acompañado

de la dicha, y la dicha de la eternidad: *Felix somnus cum requie, requies cum voluptate, voluptas cum aternitate!* (In Epist.).

No, dice el Salmista, no moriré antes bien viviré; y contaré las maravillas del Señor: *Non moriar, sed vivam, et narrabo opera Domini.* (Psal. CXVII. 17).

A los ojos de los insensatos, los amigos de Dios parecen morir, dice S. Bernardo; pero, á los ojos de los sabios, su muerte no es más que un sueño, segun las palabras del santo rey David: Cuando Dios haya enviado el sueño á los que ama, les llegará la herencia del Señor (1).

Si os dormís con el sueño de la muerte, estaréis sin temor, dicen los Proverbios; descansaréis, y vuestro sueño será delicioso: *Si dormieris, non timbis; quiesces, et suavis erit somnus tuus.* (III. 24). ¡Ojalá hubiese muerto! decía Job á sus amigos: dormiría en el silencio; y descansaría en mi sueño:.... *Nunc enim dormiens silentem, et somno meo requiescerem.* (III. 13). Los muertos que lloras, vivirán, dice el Señor por medio de Isaías; los que han sido sacrificados por mí, resucitarán; despertaos, entona alabanzas, vosotros que habitais en el polvo: *Vivent mortui tui; interfecti mei resurgent: exprobravimus, et laudate, qui habitatis in pulvere.* (XXXV. 19).

El sepulcro es un lecho. Los cementerios se llaman en griego lugares de sueño.

Les libraréis de la muerte, dice el Señor por boca del profeta Oseas; los rescataré de la muerte. ¡Oh muerte! yo seré tu muerte: *De manu mortis liberabo eos; de morte redimam eos: ero mors tua, oh mors.* (XIII. 14).

Para el justo la muerte es digna de desearse.

Deseo mi disolución para estar con Jesucristo, dice el Apóstol á los Filipenses: *Cupiens dissolvi, et esse cum Christo.* (I. 23). El que desea morir para estar con Jesucristo, no muere con sufrimiento; vive en el sufrimiento, y muere con delicias: *Qui desiderat dissolvi, et esse cum Christo, non patientes moritur, sed patientes vivit, et delectabiliter moritur.* (In Epist. ad Philipp.). El que está animado del espíritu de Dios, pisotea las cosas de la tierra, y no desea más que los bienes celestiales y eternos; la muerte que los procura, es para él un lucro, como dice S. Pablo: *Mori lucrum.* (Philipp. I. 21).

¡Desgraciado de mí exclama el Real Profeta, porque mi destierro se ha prolongado! *Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est!* (CXIX. 5). Libertad, Señor, libertad mi alma de su cárcel, para que glorifique vuestro nombre; los justos esperan que me concedais mi recompensa: *Educ de custodia animam meam ad confitendum nomini tuo; me expectant justi, donec retribuas mihi.* (Psal. CXLI. 8).

Los justos desean una vida mejor que la de este mundo....

No he corrido en vano, ni he trabajado en vano, dice S. Pablo: *Non*

Esperanza de los justos en la muerte.

(1) Amici Dei mortí videntur oculis insipientium, sed in oculis sapientium judicantur potius obdormire: Cum deborit dilectis suis somnum, ecce laudatque Domini. *Sermo. LII. in Cant.*

*in vacuum cucurri, neque in vacuum laboravi.* (Philipp. II. 16).

No quiero, hermanos, que ignoreis lo que concierne á los que duermen, para que no os entristezcáis como los demás que no tienen esperanza, escribe aquel apóstol á los Tesalonicenses: *Nolumus vos ignorare, fratres, de dormientibus, ut non contristemini sicut et ceteri qui spem non habent.* (I. IV. 12). El tiempo de mi disolución se acerca, escribe á su querido discípulo Timoteo. He peleado en buena lucha, he terminado mi carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de justicia que el Señor, justo Juez, me devolverá en este día; y no sólo á mí, sino también á los que aprecian su advenimiento (1).

Así como la impiedad teme la venida del gran Dios, dice S. Jerónimo, la piedad, llena de seguridad en sus obras, la desea: *Sicut impietas magni Dei reformidat adventum, ita secura de opere suo pietas illum praestolatur.* (Comment. in Epist. ad Tim.).

Mi cuerpo descansará en la esperanza, dice el Salmista: *Caro mea requiescet in spe.* (XV. 19).

El justo espera en su muerte, dicen los Proverbios: *Sperat justus in morte sua.* (XIV. 32).

Numerosas son las ventajas que saca el justo de la muerte....

Tocante á lo que deja, pueden resumirse á cuatro principales:

Primera ventaja: El justo deja su cuerpo. Mientras que estamos en la tienda de nuestros cuerpos, dice S. Pablo, gemimos bajo su peso: *Nam et qui sumus in hac tabernaculo, ingemiscimus gravati.* (II. Cor. v. 4); sabiendo que mientras estamos en el cuerpo viajamos lejos del Señor: *Scientes quoniam, dum sumus in corpore, peregrinamur á Domino.* (II. Cor. V. 6).

La Sagrada Escritura dice que el cuerpo es una tienda; porque, así como se habita poco tiempo en una tienda, la permanencia del alma en el cuerpo es de poca duración.... 2.º El hombre reside en su casa, y disfruta en ella reposo; pero sale de su tienda, y parte. S. Pablo dice á los Hebreos: No tenemos aquí una ciudad permanente; pues buscamos la ciudad futura: *Non habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus....* (XII. 14). 3.º El nombre de tienda indica que somos extraños en la tierra.... 4.º Así como el soldado se aloja en una tienda, los soldados de Jesucristo permanecen en sus cuerpos. Tienen que sostener un combate asiduo contra su carne; y dejar este cuerpo de pecado es para ellos aligerarse de un peso espantoso.... Despójate, Jerusalen, dice el profeta Baruch, despójate, alma fiel, del vestido de luto y de aflicción, y cubrete con el brillo y el honor de la gloria eterna que Dios te envía: *Erue te, Jerusalem stola luctus et veationis tuae; et indue te decore et honore ejus, quæ á Deo tibi est, sempiternæ gloriæ.* (v. 4).

(1) Ego jam delibor, et tempus resolutionis meae instat. Bonum certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiae, quam reddet mihi Dominus in illis diebus, justus Judex. Non solum autem mihi, sed et iis qui diligunt adventum ejus. *II. IV. 6-8.*

Ventajas de una buena muerte: 1.º En lo que dejamos.

La conservación del cuerpo, dice S. Gregorio es de ningún valor para el alma herida con las flechas del amor divino: *Vitis ei fit ipsa salus corporis, quia transfraa est vulnere amoris.* (Homil. XV. in Ezech.).

*Segunda ventaja:* El justo se despidió del mundo, del mundo que es su enemigo jurado.... Abandona la tierra, cubierta de peligros y de escándalos.... (Véase Mundo y Miserias del Mundo).

*Tercera ventaja:* El justo queda libre de los bienes de la tierra; porque ¿qué son estos bienes sino lazos y males?... (Véase Riquezas).

*Cuarta ventaja:* Deja esta miserable vida.

Comparada con la vida eterna, la vida actual es más una muerte que una vida, dice S. Gregorio: *Temporalis vita, aeternae vite comparata, mors est potius dicenda, quam vita.* (Homil. XXXVII. in Evang.).

Tres consideraciones han hecho que S. Pablo y otro Santo desearan la muerte: tres lazos que nos tienen encadenados en la tierra oprimiéndonos con vigor. El primero es el lazo de las penas del cuerpo; el segundo el lazo de la conciencia de los pecados, y el tercero es el lazo de las cosas de la tierra. La muerte, rompiendo estos lazos, nos hace impassibles, impecables y celestes.

El hombre, dice S. Bernardo, tiene tres motivos para felicitarse de la muerte; pues queda libre de todo trabajo, de todo pecado y de todo peligro: *Triplex in morte congratulatio est, homines ab omni labore, peccato et periculo liberari.* (Transit. S. Machii).

Séneca enseña que la muerte no es más que el fin de los males. (Prov.).

Tres cosas, dice S. Bernardo, hacen que sea preciosa la muerte del justo: el reposo después del trabajo de la vida, la alegría que causa el nuevo espectáculo que se le presenta, y la certidumbre de no perder jamás la bienaventuranza eterna: *Tria sunt quae mortem Sanctorum faciunt pretiosam: quies á labore, gaudium de novitate, securitas de aeternitate.* (Serm. XXV. inter Parvos.).

El que era agradable á Dios, dice la Sabiduría, ha llegado á ser su predilecto: viviendo entre los pecadores, ha sido trasladado á otra mansion; ha sido arrebatado para que el mal no pervirtiese su mente, y la ilusión no engañase su alma. Habiendo vivido poco tiempo, ha recorrido una larga carrera. Su alma era agradable á Dios, y por esto se ha apresurado el Señor á sacarla de entre las iniquidades (1).

Viviendo, dice S. Ambrosio, perjudicamos muchas veces nuestra inocencia; muriendo, dejamos de poder seguir el camino del error. La muerte nos procura una ganancia; mientras que con el uso de

(1) Placens Deo factus est dilectus; et vivens inter peccatores, translatus est. Neptus est, ne nulla materet infatigatum eius, aut ne factu decerneret animam illius. Coniunctus in loco, explevit tempore iustitiae. Placito sicut, bene animam illius; propter quod properavit elucere illum de medio iniquitatum. Sap. 11, 14-14.

la vida, semejantes á los desgraciados deudores de un usurero de profesión, aumentamos la deuda de nuestras faltas (1).

El Señor, dice el Salmista, protege las almas de los Santos, y las librará de la mano de los malvados (con una santa muerte): *Custodit Dominus animas Sanctorum suorum; de manu peccatoris liberabit eos.* (XCVI. 10). Al morir, puede decir el justo con el Profeta: El Señor ha librado mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas, y mis pies de una caída. Andaré en presencia del Señor en la tierra de los vivos: *Eripuit animam meam de morte, oculos meos a lacrymis, pedes meos á lapsu. Placebo Domino in regione vivorum.* (Psal. CXIV. 8-9).

¡Ah! morir es vivir, y vivir en la tierra es morir!....

No sé, dice S. Gregorio Nazianceno, si deberíamos llamar muerte á nuestra vida, ó dar, por el contrario, el nombre de vida á la muerte: *Haud scio an haec vita nostra mors potius dicenda sit; et mors, e contra, vite nomine nuncupanda.* (Orat. de Vita humana).

Vamos ahora á examinar las ventajas que el justo alcanza con la muerte bajo el punto de vista de lo que halla.

La muerte es para él una flecha de oro que, hiriéndole, le enriquece....

En el lecho de la muerte, dice S. Bernardo, el justo considera los peligros á que se ha escapado, los trabajos que ha sufrido, los combates en que ha salido vencedor; y después de una vida santa espera con una confianza llena de seguridad la dichosa esperanza y la venida de la gloria del Dios grande. ¡Oh! cuán felices son los que mueren en el Señor! oye aquellas consoladoras palabras del Espíritu Santo: Dichosos los que mueren en el Señor. Si, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque les seguirán sus obras: *Beati mortui qui in Domino moriuntur. Amodo jam dicet Spiritus, ut requiescant á laboribus suis, opera enim illorum sequuntur illos.* (Apoc. XIV. 13). Y no sólo entran en posesión del descanso, sino también de la alegría que resulta por el nuevo espectáculo que se les ofrece en la certidumbre de no perder nunca la bienaventurada eternidad. Buena es la muerte del justo, á causa del reposo; mejor por la novedad que descubre, y perfecta por la eternidad que se le asegura. La muerte del pecador es, por el contrario, muy mala. ¿Por qué? Es mala porque él se encuentra separado del mundo; es peor porque él está separado de su cuerpo, y pésima porque está condenado á sufrir el gusano roedor y el fuego del infierno. (Serm. in Cant.).

La muerte de los Santos es preciosa ante el Señor, dice el Real Profeta: *Pretiosa in conspectu Domini mors Sanctorum ejus.* (CXV. 15).

(1) Viviendo, domus contrahimus innocentes morte factu erroris adipiscimur. Laceram ergo morte sequuntur; vite autem iso, tanquam missis delictorum usurarii nominis, ad realium locum augatur. Lib. II. de Offic. c. V.

Ventajas de una buena muerte: 2a, respecto de lo que se encuentra.



En el supremo instante de la muerte, Dios se presenta al alma del justo: Levántate, le dice, levántate, Jerusalem (alma fiel) tú que has bebido de la mano del Señor el cáliz de sus pruebas, has bebido hasta el fondo de este cáliz, y lo has agotado hasta las heces: *Elevare, elevare, consurge, Jerusalem, quæ bibisti de manu Domini calicem iræ ejus; usque ad fundum calicis bibisti, et potasti usque ad feces.* (Isai. LI. 17). He quitado de tu mano este cáliz, el cáliz de mis pruebas, ya no probarás más su contenido: *Ece tui de manu tua calicem, fundum calicis indignationis meæ; non adicies, ut bibas illam ultra.* (Ibid. LI. 22). Levántate, levántate, revístete de fortaleza, oh Sion, recobra los vestidos de tu gloria, Jerusalem, ciudad del Santo: el inicuo y el impuro no pasarán ya en medio de ti. Sál del polvo, levántate, Jerusalem; sube al trono que te he preparado; rompe las cadenas que rodean tu cuello, cautiva hija de Sion (1). Tus angustias de otro tiempo son echadas en olvido; yo las he hecho desaparecer para siempre: *Obliuioni tradite sunt angustie priores, et absconditæ sunt oculis meis.* (Ibid. LXV. 16).

Oí, dice S. Juan en el Apocalipsis, oí una voz del Cielo que me decía: Escribe: Dichosos los muertos que mueren en el Señor! *Audivi vocem de Cælo dicentem mihi: Scribe: Beati mortui qui in Domino moriuntur!* (XIV. 13).

La muerte, dice S. Bernardo, no tiene ya aguijón alguno; nos trae un regocijo: *Mors jam non est stimulus, sed jubilus.* (Serm. XXVI. in Cant.).

La muerte da posesión al justo de la bienaventuranza eterna.

La muerte es para los justos el principio de la vida. Es su despedida para el Cielo.....

Bien sabemos, dice S. Pablo, que si esta morada terrestre en que vivimos llega á disolverse, tenemos otra construida por Dios, y no por mano de los hombres, la cual ha de subsistir eternamente en los cielos. Por esto gemimos, añade el Apóstol, deseando se nos ponga en posesion de nuestra morada, que es el Cielo: si se nos encuentra, no obstante, vestidos, y no desnudos (2). O como dice S. Paulino: Si, despojados del cuerpo, no estamos desnudos de gracia: *Si, despoliatus à corpore, non inueniaris nudus ab opere.* (Epist.).

Para mí, vivir es poseer á Cristo, y morir es un lucro, dice S. Pablo: *Mihi vivere Christus est, et mori lucrum.* (Philipp. I. 21).

Con la muerte, dice S. Cipriano, pasamos á la inmortalidad.

No podemos llegar á la vida eterna sin salir de esta vida; la muerte no es una muerte, es un tránsito: *Ad immortalitatem morte*

(1) *Consurge, consurge, induere fortitudinis tua, oh Sion, induere vestimenta gloriæ tuæ, Jerusalem, civitas Sancta: quæ non adicies ultra, ut pertrahas te te mitionibus suis et inmundis. Excute de pulvere, consurge, solvi, Jerusalem; solve vincula colli tui, captiva filia Sion.* Isai. LI. 1-2.

(2) *Solimus enim quoniam, si terrestris domus nostra hujus habitationis dissolvatur, edificatiorem ex Deo habebimus, dominum, non manu factam, æternam in corpore. Non, et in hoc inconvulsam, habitationem nostram, que de Cælo est, superandis cupientes, si tamen vestiti, non nud inueniamur.* II. Cor. v. 1-3.

*transgredimur. Nec potest vita æterna succedere, nisi hinc contigerit emigrare; non est eribus iste, sed transitus.* (De Mortal.).

En la tierra, dice S. Bernardo, el justo muere lleno de días, y aparece allá donde se encuentra la plenitud de los días: *Hic moritur justus plenus dierum; et illic oritur in plenitudine dierum.* (Serm. in Sap.).

La luz (del justo moribundo) brillará como la aurora, dice Isaías; la justicia le precederá, é irá rodeado de la gloria del Señor. (LXVIII. 8). Vuestra luz, oh justos, brillará en las tinieblas de la muerte, y aquellas tinieblas serán para vosotros como el sol. El Señor os dará un reposo eterno; rodeará vuestra alma de su esplendor; reanimará vuestros huesos; seréis como un jardín siempre regado, como un manantial cuyas aguas jamás se agotan: *Requiem tibi dabit Dominus semper, et implebit splendoribus animam tuam, et ossa tua liberabit; et eris quasi hortus irriguus, et sicut fons aquarum, cujus non deficiunt aquæ.* (Ibid. LVIII. 10-11). La ceniza con que cubrían su cabeza se convertirá en corona, sus llantos en alegría, sus vestidos lúgubres en vestidos de gloria: *Et darent eis coronam pro cinere, oleum gaudii pro luctu, paltium laudis pro spiritu meroris.* (Isai. LXI. 3).

Como S. Esteban, el justo moribundo levanta los ojos al Cielo, y ve la gloria de Dios y los cielos abiertos. (Act. VII. 55). Ve la escala de Jacob, y ve como bajan los ángeles que van á buscarle, y á Dios en lo más alto de la escala, diciéndole: Servidor bueno y fiel, porque has sido fiel en poca cosa, te daré mucho; entra en la alegría de tu amo: *Serree bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam; intra in gaudium Domini tui.* (Matth. XXV. 21). Ven, bendito de mi Padre, le dice Jesucristo; toma posesion del reino que te se tiene preparado desde el origen del mundo: *Venite, benedicti Patris mei, possidete paratum vobis regnum à constitutione mundi.* (Matth. XXV. 34).

Lo que los hombres llaman muerte, dice un filósofo, es el principio de la inmortalidad y el acto que para ellos crea la vida futura: *Hoc, quod mortem homines vocant, id ipsum est immortalitatis initium, et futura vitæ procreatio.* (Maxim. Tyr., serm. XXV).

La muerte, dice tambien Ciceron, nos separa de los males, y no de los bienes; no es una destruccion que todo lo quita y lo borra, sino cierta emigracion y cambio de vida, que para los grandes hombres y las mujeres ilustres es ordinariamente el camino del Cielo (1).

Herido de muerte Epaminondas en un encarnizado combate, preguntó si quedaba victorioso del enemigo. Habiéndosele contestado afirmativamente, aquel general tebanos exclamó: Mi vida toca á su fin; pero mira vida de un orden superior va á comenzar para mí. Muriendo como muero, ahora nazco: *Nunc finis vitæ meæ, sed melius*

(1) *A malis mors abducti, non à bonis; et mors non est interitum, omnia tollens atque delens, sed quædam quasi migratio, commutatioque vite, que in claris viris et famulis dux in Cælum solet esse.* Tuscolana. I.

*et alius initium advenit; nunc Epaminondas nascitur, quia sic moritur.* (Plutarc.).

Pero no eran solos los paganos, griegos y romanos, quienes tenían ciertas ideas de la vida futura; pues, según Strabon, hasta los Brachmanes afirmaban que la muerte es otro nacimiento á la verdadera vida.

El alma, dice Pálades, se escapa del cuerpo como de una cárcel de muerte, y huye hácia el Dios inmortal: *Anima é corpore, tamquam é carceribus mortis, fugit ad Deum immortalem.* (Anton. in Meliss.).

El día de la muerte, que tanto teme el hombre, dice Séneca, es el nacimiento del día eterno. (*Prov.*).

Ejemplos sacados de la muerte de los Santos.

**C**antaré eternamente las misericordias del Señor, dice el Rey Profeta: *Misericordias Domini in eternum cantabo.* (LXXXVIII. 1).

El justo muere cantando, dice S. Bernardo, y muriendo canta: ¡Oh muerte! madre del pesar, sirves de alegría, enemiga de la gloria, sirves para la gloria; puerta del infierno, sirves de entrada al reino del Cielo; abismo de perdición, sirves para hacer encontrar la salvación. ¡Oh muerte! á los fieles que entran en tus dominios abres una ancha y alegre puerta para llegar á la vida! (1).

Así es como por la gracia de Jesucristo, S. Lorenzo, S. Vicente y todos los mártires se burlaban de los verdugos, de los tormentos y de la muerte.

La muerte es un juego para los verdaderos cristianos; la vida es para ellos una carga, y la muerte es el objeto de sus deseos y de su dicha....

Al oír S. Cipriano la sentencia de muerte que contra él fulminaron, exclamó: Doy gracias al Dios omnipotente que se digna libertarme de las cadenas del cuerpo. (*In ejus vita*).

Nuestro adversario, dice el mismo Santo, ha comprendido que los soldados de Jesucristo son invencibles, y que, por lo mismo que no temen morir, jamás serán vencidos: *Intellexit adversarius, milites Christi vinci non posse, et hoc ipso invictos esse, quia mori non timeant.* (Epist. ad Cornel.).

En el momento de su muerte, S. Esteban, que nada veía de lo que pasaba al rededor suyo, veía á Jesucristo, dice S. Gregorio Nazianceno: *Eo tempore, quo cætera non videbat, Jesum videbat.* (In Act. apost.).

San Nicolás exclamaba al morir: Ponzo, Señor, mi alma en vuestras manos. (*Surtus, in ejus vita*).

San Martín decía: Permiúd que mire el Cielo, más bien que la tierra, para que mi alma, emprendiendo el camino que debe seguir, se dirija hácia el Señor. (*Hist. Eccles.*).

(1) Jam cantando moritur homo et moriendo cantat. Usurparis ad beatitiam, noster moritur; usurparis ad gloriam, gloria ininitio usurparis ad interitum regni, porta inferi, et fovea perditionis, ad interitum regni, transiens inferi per medium, in beatitiam letamque exitum pacis ad vitam. *Serm. in Cant.*

Oigamos á S. Ambrosio: No he vivido, decía, para temer la muerte, y no la temo, porque el Señor es bueno. (*Possidon. vit. S. August.*).

¡Ay! ¡qué larga ha sido mi peregrinación! exclamaba S. Jerónimo. Mi alma os desea, Dios mio, como el ciervo que corre sediento á un manantial de agua viva. (*Hist. Eccles.*).

Señor, decía Santa María Egipciaca, dejareis marchar en paz á vuestra criada según vuestra palabra. (*In ejus vita*).

El venerable Beda repetía: Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. (*Surtus, in ejus vita*).

Santa Gorgonia decía: Dormiré y descansaré en paz. (*Itivaden. vit. Sanct.*).

Y S. Francisco de Asis: Sacad, Señor, sacad mi alma de su cárcel, para que alabe vuestro nombre; los justos esperan que reciba mi recompensa. (*S. Bonat.*).

Veid lo que dijo S. Pedro de Alcántara: Me alegro de lo que acaban de anunciarme; iré á la casa de Dios. (*Surtus, in ejus vita*).

Santa María de Bélgica exclamó: Oh Señor, nuestro Rey, ¡qué hermoso sois! Alabado sea Dios! *Alleluia!* (Rivaden. vit. Sanct.).

Prestemos oído á las palabras de S. Antonio: Cuando el día de la resurrección llegue, recibiré de la mano de Jesucristo este cuerpo que voy á abandonar, y será incorruptible. Y luego dirigiéndose á sus religiosos: A Dios, hijos míos, dijo; á Dios: Antonio se va. (*Vit. Patr.*).

San Bernardo oyó una voz que le decía: Ven, que te esperan. (*In ejus vita*).

San Juan Crisóstomo dejó sus vestidos, tomó otros blancos, como para prepararse á las nupcias celestiales del Cordero; comulgó, y dijo: Glorificado de todo sea Dios. Amen. (*Surtus, in ejus vita*).

Voy á entrar hoy en posesion de un reino de que Jesucristo tiene empeño en hacerme participante, dijo S. Pliteas mártir. (*Surtus, in ejus vita*).

Mientras que los amigos de S. Laurencio Justiniano le floraban al rededor suyo, él exclamaba en medio de transportes de alegría: Ya viene el esposo; vamos á recibirle. Señor Jesús, voy hácia vos. (*Surtus, in ejus vita*).

San Eduardo, rey de Inglaterra, viendo que la reina se deshacía en llanto, le dijo: No llores; pues no moriré, antes vivirá; espero, al dejar esta tierra de muerte, entrar en la tierra de los vivos para disfrutar de la felicidad de los Santos. (*Godese.*).

¡Oh Señor y Esposo mio, exclamaba Sta. Teresa, ya ha llegado pues la hora que con tanto ardor deseaba! Se acerca el momento de mi libertad. Hagase lo que dispongais. Ya ha llegado por fin la hora de salir de mi destierro, hora en la que mi alma hallará en vuestra presencia la dicha por que suspira desde tanto tiempo. (*Godese.*).

Teniendo S. Francisco Javier los ojos, bañados de lágrimas, firmemente puestos sobre su Crucifijo, pronunció estas palabras: En vos,

Señor, he cifrado mi esperanza; jamás seré confundido. Y en aquel momento, transportado de una alegría celestial que bañó su rostro, entregó tranquilamente el espíritu. (*Godesc.*)

Después de haber dicho que veía á la santísima Virgen acompañada de una multitud de ángeles, S. Estanislao de Kostka expiró tranquilamente. (*Godesc.*)

San Luis Gonzaga dió gracias á Dios porque estaba próximo su fin, y rogó á uno de los padres de la Compañía que con él recitase el *Te Deum*. Y dijo á otro: Padre mio, nos vamos, y nos vamos con alegría. (*Godesc.*)

¡Ah! ¡qué dicha! exclamaba S. Francisco Regis; ¡qué contento muero! Veo á Jesús y á Maria que se dignan venir á recibirme para llevarme á la mansión de los Santos. (*Godesc.*)

El bienaventurado Bernardo de Corleon contemplaba con entusiasmo la llegada de la muerte: ¡Pasemos, alma mia, decia, pasemos de esta miserable vida á la felicidad eterna! ¡pasemos del sufrimiento al regocijo! ¡pasemos de la corrupcion del mundo á los divinos abrazos de Dios! (*Godesc.*)

El bienaventurado Nicolás de Longobardo, conteniendo su último aliento, exclamó con santa alegría: ¡Al Paraíso! ¡al Paraíso! Y expiró. (*Godesc.*)

Estos tiernos ejemplos de la muerte de algunos Santos pueden aplicarse á todos.

Podemos decir de cada justo que muere lo que el Eclesiástico dice de Ezequías: Vió con gran ánimo sus últimos instantes: *Spiritu magno vidit ultima*. (XLVIII. 27).

El pescador Pedro, dice S. Crisóstomo, resplandeció, aun después de su muerte, con un fulgor más brillante que el sol: *Piscator Petrus, etiam post mortem, resplendet, sole clarius*. (De S. Petro).

Podríamos colocar sobre la tumba de todos los Santos la gloriosa inscripción que se lee en Roma en la iglesia de Santa Maria de los Angeles en la tumba del cardenal Aleiati: *Virtute vixit, memoria vivit, gloria vivet*: Vivió en la virtud, vive en la memoria de los hombres, y vivirá en la gloria.

La Iglesia da al día de la muerte de los Santos el nombre de día de su nacimiento.

El Salmista ha hecho en dos palabras el epitafio de todos los justos: La memoria del justo será eterna: *In memoria eterna erit justus*. (CXI. 7).

Baja la benediction del Señor sobre la cabeza del justo, dicen los Proverbios. La memoria del justo es un perfume que se exhala en el porvenir; pero el nombre del impio derramará un olor infecto: *Benedictio Domini super caput justí.... Memoria justí cum laudibus; et nomen impiórum putrescet*. (X. 6-7).

La casa del impio será arrancada de sus cimientos, dice la Escritura; pero las tiendas de los justos subsistirán para siempre: *Domus*

La muerte del justo y su memoria son muy honradas y veneradas.

*impiórum delebitur; tabernacula vero justorum germinabunt*. (Prov. XIV. 11).

El que teme al Señor, gozará de una tranquilidad inefable en sus últimos instantes; será bendecido el día de su muerte, dice el Eclesiástico: *Timenti Dominum bene erit in extremis, et in die defunctiónis sue benedicetur*. (I. 13). Su memoria no se borrará, y su nombre será transmitido de generacion en generacion: *Non recedet memoria ejus, et nomen ejus requirretur á generatione in generationem*. (Ibid. XXXIX. 13). Los pueblos cantarán su sabiduria, y la asamblea de los fieles celebrará sus alabanzas: *Sapientiam ejus enarrabunt gentes, et laudem ejus enuntiabit Ecclesia*. (Ibid. XXXIX. 14). Ricos en virtud, añade el Eclesiástico, solícitos del decoro, pacíficos en sus casas, los justos, nuestros padres, alcanzaron gloria en las edades de su nacion, y en sus dias son celebrados. Los que de ellos nacieron, dejaron nombre para celebrar las alabanzas de ellos. Otros hombres hay que, por el contrario, no dejaron memoria: perecieron como si no hubieran sido; y nacieron como si no hubieran nacido, y sus hijos con ellos. Mas aquellos (nuestros padres) son varones misericordiosos, cuyas piedades no faltaron: con su posteridad permanecen los bienes.... Sus cuerpos fueron sepultados en paz, y su nombre vive de generacion en generacion. Celebren los pueblos su sabiduria, y anuncie la Iglesia sus alabanzas. (MLV. 6-11-14-15).

El manantial y el principio de este recuerdo, de este honor y de esta gloria que se les concede, es una virtud perfecta; porque la virtud hace el nombre y la memoria, y la memoria engendra la gloria en el tiempo y en la eternidad. Los justos son alabados, y lo serán en todos los tiempos; porque, dice S. Antonio, la memoria de los Santos es el camino que conduce á la virtud; es un estimulante de santificación. (VII. Patr.).

¡Sea la memoria de ellos bendecida, exclama el Eclesiástico, y reverdezcan sus huesos en donde reposen: dure su nombre perpétuamente, pasando á sus hijos cubierto de gloria! (XLVI. 14-15).

El Señor, oh justo, te cubrirá con el manto de justicia, dice el profeta Barnab, y pondrá en tu cabeza una diadema de eterna honra: *Circumdabit te Deus diploide justitiæ, et imponet mitram capití honoris æterni*. (v. 2). Dios manifestará en ti su esplendor á todo lo que se halla debajo del Cielo: *Deus enim ostendet splendorem suum in te, omni qui sub Cælo est*. (Id. v. 3). Porquæ hé aquí el nombre con que Dios te gratificará para siempre: Paz de la justicia, y honor de la piedad: *Nominabitur tibi nomen tuum á Deo in sempiternum: Pax justitiæ, et honor pietatis*. (Id. v. 4). El Señor conducirá á los justos, llevados con honor, como hijos del Rey: *Adducet illos Dominus portatos in honore sicut filios regni*. (Id. v. 6).

Ved los numerosos peregrinos de todas las naciones, lugares y tiempos, y de todas condiciones y edades, que han ido á arrodillarse ante las tumbas de los Apóstoles y otros Santos. Contad los templos, las capillas y los altares levantados en gloria de aquellos amigos

de Dios. Escuchad las oraciones y los oficios públicos celebrados en honor suyo. Todas las parroquias católicas del universo han elegido un Patrión entre los Santos.... Y cuando se bautiza un niño, ¿no se le da el nombre del Santo bajo cuya protección se le coloca?... Y las maravillas y los milagros con que Dios se complace en honrar á los Santos, enalteciendo su poder y su gloria, ¿qué nos dicen?...

Así recompensa Dios la virtud y el mérito....

La vida buena  
hace la buena  
muerte.

Gemimos, dice S. Pablo, deseando ser revestidos de nuestra habitación, que es el Cielo, si es que fuéremos hallados vestidos, y no desnudos: *Nam et in hoc ingemiscimus, habitationem nostram, que de Celo est, superindui cupientes: si tamen vestiti, non nudi inteniámur.* (II. Cor. V. 2-3).

Queremos ir á habitar con el Señor, añade aquel gran apóstol; y por esto procuramos con tesón, ora estamos ausentes, ora presentes, serle agradables: *Bonam voluntatem habemus presentes esse ad Dominum; et ideo contendimus, sive absentes, sive presentes, placere illi.* (II. V. 8-9).

Dichosos los muertos que fenecieron en el Señor. Si, dice el Espíritu Santo, descansarán de sus trabajos; porque sus obras los siguen: *Beati mortui qui in Domino moriuntur: Amodo jam dicit Spiritus ut requiescant a laboribus suis; opera enim illorum sequuntur illos.* (Apoc. XIV. 13).

Una buena muerte, dice S. Agustín, es casi siempre consecuencia de una vida buena, y una mala muerte de una mala vida: *Vere bonam vitam bona mors, et malam vitam mala mors sequitur.* (Lib. Civit.).

La muerte es el eco de la vida.

Los buenos cristianos mueren con la muerte de los justos. ¿Por qué? El Real Profeta satisface á esta pregunta: Sus días están cumplidos, dice: *Dies pleni invenientur in eis.* (LXXII. 10). Áun cuando la muerte le hiera en su juventud, el justo ha llenado una larga carrera con sus virtudes, dice la Sabiduría: *Consummatus in brevi, explevit tempora multa.* (IV. 13).

El justo muere lleno de días, dice S. Bernardo, y renace en la plenitud de los días. En todas partes se ve colmado: en la tierra de gracia, y en el Cielo de gloria; porque el Señor dará la gracia y la gloria (1).

Abraham, dice la Sagrada Escritura, murió en una buena vejez y lleno de días. (*Gen. XXV. 8*). El santo anciano Eleázaro abandonó esta vida, dejando no sólo á los jóvenes, sino á toda la nación, el recuerdo de su muerte, como un ejemplo de valor y de fuerza. (*II. Machab. VI. 31*).

Antes de dejar la tierra, los justos han muerto para el mundo: vi-

(1) *Hi moritur justus plenus dierum; et ille oritur in plenitudine dierum. Utróque plenus et in gratia, et illic gloria; quia gratiam et gloriam dabit Dominus. Serm. in Sóg.*

ven de privaciones, viven sobre la cruz; pero después de la muerte disfrutan de una vida eternamente gloriosa.

Si queremos tener la muerte de los justos, vivamos como ellos viven. Vivir pecadores y querer morir justos es querer lo imposible, á no mediar un incontestable milagro, que Dios no debe, y que pocas veces opera....

## MUERTE DEL PECADOR.

Todos los males cisen juntos sobre el pecador moribundo.

**E**l Real Profeta pinta en algunas líneas los males que sobrevienen al pecador moribundo: Los dolores de la muerte me han rodeado, dice, y los torrentes de iniquidad me han llenado de turbación. Los dolores del infierno me han aquejado, y he sido envuelto en las redes de la muerte: *Circumderunt me dolores mortis, et torrentes iniquitatis conturbaverunt me. Dolores inferni circumderunt me; preoccupaverunt me laquei mortis.* (XVII. 5-6). Tus saetas, Señor, se me han clavado, y has asentado sobre mi tu mano. Tu indignación no ha dejado parte sana en mi carne, y no hay paz en mis huesos á causa de mis pecados. Mis iniquidades pujaron sobre mi cabeza, y como carga pesada se agravaron sobre mí. Podríouse, y corrompiéronse mis cicatrices á causa de mi necesidad (1). Inclinado y encorvado hacia la tierra, camino en el dolor. Mis entrañas están llenas de un fuego que las devora, y todo mi cuerpo no es más que una llaga. *Miser factus sum, et circatus sum usque in finem; contristatus ingrediebar. Lumbi mei impleti sunt illsionibus; et non est sanitas in carne mea.* (Psal. XXXVII. 7-8). Alligado estoy y abatido en gran manera; rugía con la fuerza del gemido de mi corazón.... Mi corazón está conturbado: me ha desamparado mi fuerza; y aun la misma luz de mis ojos no está ya conmigo. (XXXVII. 9-11). El terror de la muerte cayó sobre mí: *Formido mortis cecidit super me.* (LIV. 5). Temor y temblor me sobrecojieron, y cubrieronme tinieblas: *Timor et tremor venerunt super me, et contrierunt me tenebrae.* (LIV. 6). Venga la muerte sobre los malos, añade el Real Profeta, y desciendan vivos al infierno: *Veniat mors super illos, et descendant in infernum viventes.* (LIV. 16). Cubiertos están de su iniquidad é impiedad: *Operi sunt iniquitate et impietate sua.* (LXXII. 6). Al hombre injusto le acusarán males á la hora de la muerte: *Virum injustum mala capient in interitu.* (CXXXIX. 12).

No habiendo sembrado más que zizaña, y no habiendo plantado más que árboles improductivos, los pecadores comerán en la muerte los amargos frutos que se han preparado; comerán los frutos de su camino, y se hartarán de sus consejos, dicen los proverbios: *Comedent fructus viae suae, suisque consiliis saturabuntur.* (I. 31).

Haré, dice el Señor por boca del profeta Amós, haré de los últimos instantes del pecador un día llano de amargura: *Ponam novissimam ejus diem amarum.* (VIII. 10).

(1) Sagitta tuae infixae sunt mihi, et circumstati super me manum tuam. Non est sanitas in carne mea: a facie ire tuae, non est pax ossibus meis, a facie peccatorum meorum. Iniquitates meae supergressae sunt caput meum; et sicut onus grave, gravitate sunt super me. Intraverunt, et corripuit sunt cicatrices meae, a facie insipientium meae. XXXVII. 6-8.

Mis días han pasado, dice el pecador moribundo valiéndose de las palabras de Job; mis pensamientos se han disipado atormentando mi corazón: *Dies mei transierunt, cogitationes meae dissipatae sunt, torquentes cor meum.* (XVII. 11).

Por todas partes, dice S. Crisóstomo, suplicios horribles, el temor del porvenir, los sufrimientos del presente, y los remordimientos del pasado: *Acerba antiquae supplicia, metus futurorum, labor praesentium, dolor praeteritorum.* (Homil. ad pop.).

Los recuerdos de sus crímenes, de sus escándalos, de sus impiedades se precipitan juntos sobre el pecador moribundo. Durante su vida, había procurado desvanecerlos, y casi lo había conseguido; pero en la hora de su muerte se le presentan todos como un ejército enemigo....

El pecador moribundo verá, dice el Salmista, se indignará, rechinarán sus dientes, y se repudirá; el deseo de los pecadores perecerá: *Peccator videbit, et irascetur; dentibus suis fremet, et tabesceat; desiderium peccatorum peribit.* (CXI. 10). El pecador se estremece al recuerdo de su vida infame...; le agobia el peso de sus sufrimientos y el pensamiento de tener que separarse de su cuerpo, del mundo, de sus bienes y de los placeres...; tiene en perspectiva la muerte, los terribles juicios de Dios, los horrores del infierno y una eternidad de suplicios....

**P**or cuanto os llamé, dice el Señor á los pecadores, y dijisteis que no; y extendi mi mano, y no hubo quien mirase; y despreciasteis todo mi consejo, y de mis reprehensiones no hicisteis caso: yo también me reire en vuestra muerte, y os escarneceré cuando os viniere lo que temiais; cuando se dejare caer de repente la calamidad, y se echare encima la destrucción como una tempestad; cuando viniere sobre vosotros la tribulación y la angustia. Entonces me llamarán, y no oiré; madrugarán, y no me hallarán (1).

Dios tratará á los pecadores como ellos le han tratado; les devolverá en la hora de la muerte lo que en buena salud le prodigan: la risa, la ironía, la burla, el desprecio y el abandono.... Cuando, semejantes á las vírgenes locas de que habla el Evangelio, llamen á la puerta del perdón y de la gracia, diciendo: Señor, Señor, ábridnos: *Domine, Domine, aperi nobis.* (Math. XXV. 11), el Dios grande les responderá: En verdad os digo que no os conozco: *Amen dico vobis: Nescio vos.* (Math. XXV. 12). No sois ovejas mías.

Entonces, dice el Señor, me invocarán; y no les oiré: *Tunc invocabunt me; et non exaudiam.* (Prov. I. 28); por último vuestra vida habeis detestado la disciplina, y no habeis querido te-

Dios se aparta del pecador moribundo.

(1) Quia vocavi, et non respondistis; extendi manum meam, et non fuit qui aspiceret; despondisti omne consilium meum, et increpationes meas neglexisti; ego quoque in interitu vestro ridebo, et subsannabo, cum vobis sit, quod timebitis, advenire; cum praesentia calamitas, et interitus quasi tempestas irruerit, quando venerit super vos tribulatio et angustia. Tunc invocabunt me, et non exaudiam: mane consurgent, et non inveniant me. Prov. I. 24-28.

merme: *Eò quod eosam habuerint disciplinam, et timorem Domini non susceperunt* (Prov. 1. 29); porque no condescendisteis á mi consejo, y desacreditasteis toda correccion mia: *Nec acquieverint consilio meo, et detrazerint universe correptioni meæ.* (Prov. 1. 30).

La razon por que Dios no oye ordinariamente al pecador que le invoca, es porque ha perseverado en estos cuatro crímenes de que nos habla en los Proverbios, crímenes que encierran cuatro graves injurias hechas á la sabiduria divina: la 1.<sup>a</sup> detestando la disciplina, y por consiguiente la sabiduria de Dios; la 2.<sup>a</sup> no recibiendo su temor; la 3.<sup>a</sup> negándose á condescender á su consejo, que le habria llevado al bien; y la 4.<sup>a</sup> acusando é increpando todas las correcciones de la Providencia.

En el dia de la muerte perecerán todos los pensamientos de los pecadores, dice el Salmista: *In illa die peribunt omnes cogitationes eorum...* (CXLY. 4).

Su esperanza ha desaparecido, dice la Sabiduria: *Evacuata est spes illorum.* (III. 11).

Desesperada es la llaga del pecador, dice el profeta Miqueas: *Desperata est plaga ejus.* (I. 9). ¡Cuántos hay que en su última hora imitan á Cain! diciendo: Es demasiado grande mi iniquidad para que consiga el perdón: *Major est iniquitas mea quam ut veniam merear.* (Gen. IV. 13).

Léjos de arrojarle en los brazos de la misericordia de Dios, no ven más que su justicia...; y léjos de considerar los méritos de la sangre de Jesucristo, no ven más que los numerosos y enormes crímenes de que se han hecho culpables....

(Véase Desesperacion).

No tenéis necesidad, hermanos míos, dice S. Pablo, de que os escribamos sobre los tiempos y los momentos; pues muy bien sabéis vosotros que el día del Señor vendrá, como el ladrón, durante la noche. Cuando los pecadores digan que tienen paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos una ruina repentina, y no se escaparán: *Tunc repentinus eis superveniet interitus, et non effugient...* (1. Thess. v. 4-3). Habiendo contado con el tiempo, éste les faltará. La muerte se les presentará formidable y pronta, dice la sabiduria: *Horrendè et citò apparebit vobis.* (VI. 6).

La desgracia caerá de repente sobre ellos, dicen los Proverbios; la muerte les sobrecogerá como la tempestad. (I. 27).

Hò aquí como castiga Dios á los ímpios que desprecian sus leyes... Están en grave peligro, y aún creen sanar; la muerte está junto á ellos, y piensan en la vida; el tiempo se les escapa, y ni aún se ocupan de la eternidad. Quieren engañarse sobre su situacion; y se engañan... Aguardaban el día siguiente para poner en órden sus negocios; y el día siguiente están en la eternidad....

El pecador moribundo cae en la desesperacion.

La muerte sorprende á los pecadores.

Si no quereis hacer penitencia hasta que no podais ya pecar, dice S. Agustin, no dejareis el pecado; el pecado será el que os deje: *Si eis agere penitentiam tuce, quando peccare non potes; peccata te dimiserunt, non tu illa.* (Homil. XLI. inter L). Los pecadores perecerán, cuando mueran, dice el Salmista: *Peccatores peribunt.* (XXXVI. 20).

Los pecadores mueran en la impenitencia.

Perecerán, porque Dios los abandonará....

Pero en tal caso me direis vosotros: ¿Son acaso inútiles y tardias la invocacion de Dios y la penitencia del pecador en la hora de la muerte?—La invocacion de Dios y la penitencia, si son sinceras, jamás son inútiles en esta vida, aunque sean tardias; pero, siendo tardias, raras veces son sinceras. ¿Puede el pecador en la hora de la muerte invocar sinceramente á Dios, siendo incrédulo, impio y endurecido? ¿Se arrepentirá de todo su corazón?... ¿Formará el firme propósito de no ofender á Dios, como ántes, si recobra la salud? Ordinariamente faltan estas condiciones especiales de la contricion, y el pecador muere realmente impenitente.

El pecador morirá en la iniquidad que ha cometido, dice el profeta Ezequiel: *In injustitia, quam operatus est, morietur.* (XVIII. 26).

El endurecimiento y la condenacion deben atribuirse al pecador, y nó á Dios. El profeta Oseas lo proclama: Tu perdicion, oh Israel, procede de tí, es obra tuya: *Perditio tua ex te, Israel.* (XIII. 9). La justicia que impone las penas no precede al crimen ó al pecado; es sólo consecuencia de este crimen y del pecado....

Pecador, morirás en una tierra manchada, dice el profeta Amós: *In terra polluta morieris.* (VII. 17); es decir, en tu cuerpo, manchado con el pecado y el vicio.

Me buscaréis, dice Jesucristo, y no me hallaréis; me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado: *Queretis me, et non invenietis; queretis me, et in peccato vestro moriemini.* (Joann. VII. 34—VIII. 21).

Me buscaréis mal, y por esto no me hallaréis; y no hallándome, moriréis en vuestro pecado.

Los pecadores, dice S. Gregorio, hubieran deseado vivir siempre, si hubiesen podido, para pecar siempre; pues, efectivamente, manifiestan deseos de vivir siempre en el pecado, no cesando de cometerlo mientras viven (1).

Pésima es la muerte del pecador, dice el Real Profeta: *Mors peccatorum pessima.* (XXXIII. 22).

Muy mala es la muerte del pecador.

La muerte (del pecador) es una muerte terrible, dice el Eclesiástico, y es muy preferible la tumba: *Mors illius mors nequissimi, et utilis potius infernus quam illa.* (XXVIII. 25).

La muerte del pecador es muy mala; pues éste ve, por decirlo así, las llamas del infierno que están prontas á envolverlo... En la hora de la muerte, dice el Apóstol de las Gentes, los pecadores sufri-

(1) Voluissent, si potuissent, sine fine vivere, ut potuissent sine fine peccare; ostendunt enim quia in peccato semper vivere cupiant, qui nunquam desinunt peccare, dum vivunt. *Homil.*

rán las penas de la perdición eterna: *Qui penas dabunt in interitu aternas.* (II. Thess. I. 9).

El Señor, dice el Salmista, devolverá á los impíos sus iniquidades, y les perderá en su malicia: *Reddet illis iniquitatem ipsorum, et in malitia eorum disperdet eos.* (XCIII. 23).

Ejemplos sacados de la muerte de los malos.

El Señor, dice la Escritura, hirió al impío Antíoco con una llaga interior é incurable: un dolor cruel y horribles tormentos desgarraban sus entrañas: *Apprehendit eum dolor dicens viscerum, et amara internorum tormenta.* (II. Machab. IX. 5). El cuerpo de aquel impío hervía de gusanos, y aun viviendo se le desprendían las carnes en medio de los dolores, de modo que era intolerable al ejercicio el hedor que despedía. (*Ibid.* IX. 9).

Obsérvase cuál fué la muerte del endurecido Faraón, la del impío Baltasar, y la de los judíos deicidas.....

Judas se ahorcó. (*Act. I. 18*).

Herodes, que hizo degollar á los Santos Inocentes y fué perseguidor de Jesucristo, murió en medio de sufrimientos semejantes á los de Antíoco.

La misma suerte tuvo su sobrino Herodes Agrippa, así como Humerico rey de los vándalos. (*Hist. Eccles.*)

Después de haber Nerón perdido el poder, se vió reducido al extremo de suicidarse, consiguiendo así terminar su vida mediante el auxilio de su secretario Epafrodito. (*Ibid.*)

Domiciano fué asesinado por un libertó. (*Ibid.*)

El emperador Severo, que se enseñó contra los cristianos, murió de pesar, dejando á un hijo que había querido quitarle la vida, y que después mató á su propio hermano. Toda su familia pereció miserablemente. (*Ibid.*)

Maximiano fué sacrificado por sus propios soldados. (*Ibid.*)

Decio pereció en un pantano. (*Ibid.*)

Galo fué asesinado un año después de haber encendido el fuego de la persecucion. (*Ibid.*)

Valerio y Aurelio murieron á mano airada. (*Ibid.*)

El emperador Caro, que había osado tomar el título de Dios, quedó muerto por el rayo. Su hijo Numerio fué asesinado por su tío Apero; y Diocleciano mató al segundo hijo de Caro. (*Ibid.*)

Diocleciano terminó con el veneno una vida que no podía sufrir, vida manchada con crímenes atroces. (*Ibid.*)

Maximiano Hércules se vió obligado á estrangularse él mismo. (*Ibid.*)

Galerio se vió atacado de una enfermedad horrible. Su carne se llenó, como la de Antíoco, de gusanos, y caía á pedazos de su cuerpo. (*Ibid.*)

Maximino Daia murió en medio de atroces dolores. (*Ibid.*)

Habiendo sido Maxencio derrotado por Constantino, cayó en el Tiber, y se ahogó. (*Ibid.*)

Licinio sufrió la pena de muerte. (*Ibid.*)

Todos sabemos cómo pereció Juliano el Apóstata. (*Ibid.*)

La mayor parte de los herejes han muerto pronto y de una muerte infame.

Simon el Mago, que se había levantado por los aires con el auxilio del demonio, quedó privado de su apoyo por las oraciones de S. Pedro; cayó, se rompió las piernas, y expiró entre vivos dolores. (*Ibid.*)

A Manés le arrancaron las entrañas por orden del rey de los Persas. (*Ibid.*)

Montan se ahorcó. (*Ibid.*)

Algunos donatistas que arrojaron la Sagrada Eucaristia á los perros, fueron despedazados por aquellos mismos animales. (*Ibid.*)

En el mismo momento que Arrio iba á la iglesia de los católicos para apoderarse de ella y entregarla á sus sectarios, le acometieron intolerables dolores, y expiró desgarrando sus entrañas. (*Ibid.*)

A Prisciliano le cortaron la cabeza por orden del tirano Máximo. (*Ibid.*)

Leon el Armenio, iconoclasta, fué asesinado en la iglesia. (*Ibid.*)

El emperador Heráclito, que había abrazado la herejía de los monotelitas, murió de una manera repentina y asquerosa. (*Ibid.*)

Valente, sectario de Arrio, fué vencido y quemado por los godos. (*Ibid.*)

Los gusanos devoraron la lengua del blasfemo Nestorio. (*Ibid.*)

El emperador Anastasio, sectario de Eutiches, pereció herido del rayo. (*Ibid.*)

Después de una espléndida cena, Latero murió ahogado en su cama. Y un historiador contemporáneo refiere que una multitud de demonios en figura de cuervos volaron al rededor de su cadáver, dando horribles graznidos, y le acompañaron hasta la tumba.

Zwinglio fué muerto. Carlóstadio fué arrebatado por un demonio, y desapareció. Calvino fué devorado por los gusanos, y expiró blasfemando. Enrique VIII, rey de Inglaterra, murió desesperado. (*Hist. de su vida.*)

¡Cuán horrible fué siempre en general el fin de los grandes pecadores!.....

En memoria queda pagada con el ruido que han hecho, dice el Salmista: *Perit memoria eorum cum sonitu.* (IX. 7).

Pecador obstinado, el Omnipotente te destruirá para siempre; te arrancará de tu morada, y te arrebatará, y te desarraigará de la tierra de los vivos, dice el mismo profeta: *Deus destruet te in finem; evellet te, et emigrabit te de tabernaculo tuo, et radicem tuam de terra viventium.* (Psal. LI. 7).

El Señor, dice la Sabiduría, se reirá de los impíos (en su muerte). Caeán sin honor, y vendrán á ser para siempre un objeto de oprobio entre los muertos. El Señor, sin hablar, los estrellará en su or-

El pecador deja una memoria en el mundo, que desaparecerá de la tierra.

gullo, y los arrancará de su base; quedarán llenos de males, gemirán, y su memoria perecerá (1).

La memoria del justo vivirá en medio de las alabanzas, dicen los Proverbios; pero el nombre del impio caerá en la podredumbre: *Memoria justi cum laudibus; et nomen impiorum putrescet.* (X. 7). La gloria temporal de los impíos se debilita y desaparece; de suerte que cuando los hombres se acuerdan de ellos, los increpan, los vituperan y los aborrecen....

Son de aquellos de quienes no se conserva ningún recuerdo, dice el Eclesiástico; han perecido como si jamás hubiesen existido; han nacido, y es como si no hubiesen nacido, y los hijos de los impíos participan de la suerte de sus padres: *Et sunt, quorum non est memoria; perierunt quasi non fuerint; et nati sunt, quasi non nati; et filii impiorum cum ipsis.* (XLIV. 9).

El que vive sin Dios, ni obra como reprobo.

Otras veces os lo he dicho, escribe S. Pablo á los Filipenses, y llorando os lo repito ahora: Muchos andan que son enemigos de la cruz de Cristo; muchos cuyo fin es la perdición, cuyo Dios es el vientre, y su gloria es para su propia confusion, y sólo gustan de lo terreno (2).

Si no temeis el pecado, dice S. Agustin, temed la muerte; porque, cuando está consumado, el pecado engendrará la muerte. Si no temeis todavía el pecado, temed sus consecuencias, temed el abismo á donde os lleva. El pecado es dulce; pero la muerte en el pecado es amarga. Tal es la desgracia de los hombres: al morir, dejan los objetos por cuya posesion se habian abandonado al pecado, y no llevan más que su pecado, que ha de consumirlos durante toda la eternidad (3).

Las naciones, dice el Salmista, han sido sepultadas en la muerte, que es su obra; su pié ha quedado cogido en las redes que habian tendido: *Infixæ sunt gentes in interitu, quem fecerunt. In laqueo isto, quem absconderunt, comprehensus est pes eorum.* (IX. 16). Sean los impíos precipitados en el infierno, así como todas las naciones que han abandonado á Dios, exclama tambien: *Convertantur peccatores in infernum, omnes gentes que obliuiscuntur Deum.* (Psal. IX. 18).

La venganza divina, dice S. Agustin, castiga al pecador, permitiéndole que, despues de haber olvidado á Dios durante su vida, se olvide de sí mismo en la hora de la muerte: *Percutitur hac animaduersione peccator, ut moriens obliuiscatur sui, qui, dum ciueret, oblitus est Dei.* (Homil. ad pop.).

(1) Illos Dominus irridabit. Et erunt post hæc decedentes sine honore, et in contumelia later mortuos in periculum; quosdam disrumpet illos inflatos sine voce, et commovebit illos á fundamentis, et terra ad supernam desolabitur; et erunt gementes, et memoria illorum perit. IV. 18-19.

(2) Multi simulant, quos sæpe dicebam vobis, nunc autem et illos dico, inimico crucis Christi; propter illos inferius, quorum Deus venter est; et gloria in confusione ipsorum qui terram sapiunt. III. 18-19.

(3) Mortem time, si peccatum non times; peccatum enim, cum consummatum fuerit, recreat mortem. Non timo timere peccatum; time quo periculum peccatum. Dulce est peccatum; sed amara est mors. Ipsa est indelictus hominum, propter quod peccant, morientes he dimittunt; et ipsam peccatum suum portant, ut comburat in omnem eternitatem. Homil. ad pop.

Señor, exclama el Salmista, los llevaréis al abismo de la perdición: *Deduces eos in puteum interitus.* (LIV. 24).

Hé aquí, dice en otra parte el mismo profeta, hé aquí que los que de Vos se alejan perecerán: *Ecce, qui elongant se á Te, peribunt.* (Psal. LXXII. 27).

Durante nuestra vida, dicen los pecadores en el libro de la Sabiduría, no hemos querido dar ninguna señal de virtud, y hemos sido sepultados en nuestra perversidad: *Virtutis quidem nullum signum voluimus ostendere; in malignitate nostra consumpti sumus.* (v. 13).

Tomad vuestras precauciones para hacer frente al día malo, dice el Eclesiástico: *Malum diem præcave.* (VII. 15). Hemos de tomar precauciones, evitando el mal y obrando bien, como dice el Real Profeta: *Declina á malo, et fac bonum.* (XXXVI. 27).

Hemos de preservar de la muerte del pecador.

No hemos de imitar al ciego pecador, de quien nos dice el mismo profeta: No ha querido comprender para no dedicarse á las buenas obras: *Noluit intelligere, ut bene ageret.* (XXXV. 4).